

EN ELOGIO DE VIRGILIO DIAZ ORDÓÑEZ

Palabras pronunciadas por el Lic. Francisco Elpidio Beras en representación de la Academia Dominicana de la Historia ().*

Señor Vice Presidente de la República;
 Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia;
 Señor Secretario de Estado de Relaciones Exteriores;
 Señor Presidente de la Academia Dominicana de la Historia;
 Damas y Caballeros:

Desde el día en que se cumplió para este ya ilustre muerto, lo que al decir desconcertante del personaje único de un libro suyo —el Jerónimo—, es “el más dulce acto de la existencia”, la Academia Dominicana de la Historia, de la que soy por alta condescendencia suya, portavoz en este conmovedor instante, ha estado, a su pesar, en deuda ponderosa con él. Con efecto, así como ella enjaya sus íntimas complacencias en la elevada dignidad del discurso para solemnizar la recepción de sus nuevos hijos, también apela al vehículo fecundo de la palabra, ahora asordinada con el melancólico matiz de la elegía, para despedirlos, de cuerpo presente, cuando sumisos a los imperativos de la biología, calzan las sandalias del peregrino para transitar órbitas misteriosas.

Por esto pueda yo decir, ante estos despojos mortales: loado sea el amor filial, que al rescatar de un absurdo exilio los restos del relevante amigo, junto a los de su nombre compañera —inspiración de cada día y báculo moral de siempre—, les regala como tálamo eterno la dulce tierra propia, pues escrito está en el testamento espiritual de los muertos notables, cuando todavía los lastra la pesadumbre de la vida carnal: que su cuna advenga también en sudario.

Este pueblo, y no tan sólo la Academia, deben igualmente agradecerlo. Macorís no sería ya Macorís, el día que su río se desdibuje, sus cañamelares perezcan y sus crepúsculos se arrui-

(*)Cementerio de San Pedro de Macorís, 28 de mayo de 1971.



nen. Tampoco el día en que se desvanezca de su ámbito la presencia incorpórea de los hombres y mujeres que han coadyuvado, con acciones notables a sellar su inconfundible personalidad. Ellos merecen estar presentes, y deben estarlo, en esta hacendosa colmena humana, no solamente compendiados en el resplandor inextinguible de la fama de sus nombres, sino también resumidos en la cal de sus huesos, pues el llano no hace sólo al calle, sino también la montaña.

La Academia Dominicana de la Historia abrió sus puertas e irradió lumbres el 30 de mayo de 1953, para recibir como a uno de los suyos, al Lic. Virgilio Díaz Ordóñez. Le correspondió llenar el hueco dejado por uno que fue grande en la Institución; eminente en el profesorado y en las letras; también arquetipo de virtudes ciudadanas: Don Federico Henríquez y Carvajal.

La elección significó, pues, excepcional reconocimiento y lustre para el recipiendario; en modo tal que el matriz preliminar de su ática pieza de recepción avivó, en la imaginación de alguno de sus oyentes, la sospecha de que él abrigaba en sus intimidades, y fuera de todo convencionalismo ritual, dudas de que la honra sobre él recaída sobrepasaba sus merecimientos propios. Esto en un doble modo: en cuanto a la alta representatividad de quien iba a sustituir, como en cuanto a sus personales aptitudes para encadenar su vivo y libre entendimiento a las tediosas fórmulas de su nuevo quehacer.

Huelen, en verdad, a sutil ironía, recurso de cuyo manejo hizo Díaz Ordóñez un primoroso arte, las primeras palabras de su discurso de ingreso.

“La historia, ha dicho Oswald Spengler, debe ser escrita por poetas”. Esta sentencia introductiva podría haber significado en el pensamiento de Díaz Ordóñez, que era alado y señorial poeta, lo antitético al texto en que se apoyaba. Vale decir, que el transitar por los predios enmarañados de lo histórico, no era fatiga propia de rapsodas.

Pero si ésta fue, aun diluida, la intención del orador, ella quedó prestamente enmascarada al agregar a seguidas: “Entiendo que esa afirmación debe ser interpretada como una invitación a ponderar el sentido pedagógico de la historia”.



Mas, no gravitaba el recipiendario en tal momento sobre el eje de lo valedero, si fue el apuntado, el fenómeno imbricado en el pensamiento preliminar de su oración. Esta habría sido un mentís a la idea subyacente. Aunque breve fue polarizado no ya hacia la exposición de una tesis que implicara objetivos concretos de lo histórico nacional. Díaz Ordóñez sobrepasó tan lógica meta. El disertante abrió las alas de su intelecto para un vuelo hacia más elevadas esferas. Especuló con maestría discursiva sobre un tema abstracto, trillado con no poca autoridad por pensadores de la más encumbrada jerarquía. Osó Díaz Ordóñez hender con la proa de su entendimiento, y con plástico dominio del lenguaje, el extenso y controversial piélago de la Filosofía de la Historia, plano en el cual, nunca antes que él, nadie había posado su pensamiento en el centro de investigaciones al que, en buen momento, había sido llamado. Si mis recuerdos, que bien podrían hacerlo ya, no me traicionaran.

Si el Lic. Díaz Ordóñez no lo advirtió, él fue acogido a brazos abiertos en la Academia, porque él era ya para entonces una página de historia viva. Estaba ganado para la historia de la cultura dominicana en sus más enaltecidos dominios; y también para su historia política. Los anales de la diplomacia dominicana, haya honra en decirlo hoy, quedarían inconclusos sin el nombre de este eminente dominicano, lo que es tanto como decir privados de algunas de sus crónicas más relevantes.

Quiero dar aquí por cumplido el encargo que aceptó con profunda satisfacción de mi pecho, pues tempranamente lo tributé a este comarcano ilustre, todo el favor de mi admiración: Queda tánto, sin embargo, qué decir para orlar su memoria! Dejo, sin embargo, aquí, como sustitutivas de mi natural insuficiencia, y por la necesaria brevedad con que las circunstancias me presionan, esta sentencia de Bossuet, el "Aguila de Meaux", cuando hacia la oración fúnebre del Príncipe de Condé: "Nada podemos, débiles oradores, en pro de la gloria de las almas extraordinarias".

